

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Drama

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (1999). Drama. La madriguera. (18):70-70.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41777>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Drama Drama

Dirigir cine

David Mamet

México, D.F., Ediciones El Milagro/ Instituto Mexicano de Cinematografía, 1997

Puesto que a David Mamet se le da bien esto de escribir dramas y hacer películas, podemos presumir que habrá pensado en ello, que tendrá algún truco. De modo que si leemos sus obras con placer (y las vemos/oímos en el cine con placer, y, con menos placer, las vemos/padecemos representadas en los escenarios locales), también es lógico que queramos saber cómo las escribe, cómo las urde.

Si ese es nuestro propósito, podemos asistir a sus conferencias. En el verano pasado dio una en Londres. Según me cuentan, a raíz de la intervención de uno de los asistentes contestó groseramente con una frase parecida a ésta: "¡Vaya!, ¿es que no se le ocurre a usted una pregunta más inteligente?"

Si esto es cierto, es desaconsejable asistir a sus conferencias, y es preferible leer sus libros. Por ejemplo, *Escrito en restaurantes*, o, por ejemplo, éste que reseñamos y que nos llega de México.

Dice en él que: "el público no pide infor-

mación, pide drama". ¿Cómo conseguirlo? Atendiendo a lo fundamental: "¿Qué quiere el protagonista? Porque la escena terminará cuando el protagonista lo haya conseguido. ¿Qué quiere el protagonista? Este es el viaje que va a mover hacia adelante la historia."

Pero no importa tanto (al narrador) contar lo que el protagonista quiere, sino lo que hace, pues "el personaje es literalmente lo que hace para tratar de alcanzar su objetivo." "Hagan que el público se pregunte qué está pasando colocándolo en la misma posición que el protagonista. Si el protagonista quiere algo, el público también querrá algo."

Aporta este libro consignas valiosas. Una: "Todo el mundo dice que la manera de mejorar cualquier film es quemar el primer rollo, y es cierto." Otra: "¡Vayan adelante, santo cielo! ¡Inicien la escena después, terminenla antes!"

Hay, también, todo un programa de lo que debe ser una obra de teatro o una película, reducido a un par de frases: "En el mejor de los mundos posibles ¿qué me gustaría hacer a mí para ganarme el respeto de alguien? Se trata de qué hacer atendido a una imaginación desencadenada, no de lo que se haría constreñido por una conducta comedida. Porque no queremos que nuestras películas se muevan dentro de tales estrecheces: queremos que sean fuertemente expresivas de nuestras fantasías."

Sí. Sin duda. Pero a mí se me antoja que, en otras palabras, eso es lo que siempre, en román paladino, se ha llamado dramatizar, que, en la acepción más fea del diccionario, es sinónimo de exagerar, lo cual es inevitable cuando se trata de contar con claridad. Lo que sea, dado que todo drama es tendencioso, inevitablemente.

Pero lo malo de los sabios norteamericanos, cuando hablan de cine, y eso incluye a Bordwell y a Mamet, es que confunden la poética con la política, o, por mejor decir, su poética (o su estilo, o su estética) con el Orden Mundial. Son kantianos: peroran desde

la metrópolis con ultrasupermegáfonos: no saben del ágora provinciana, de las disputas de a pie. Confunden la verdad con lo obvio.

Dice Mamet: "El público puede apoyar las trivialidades del arte moderno, pero no le gustan". Él no es partidario de la Arquitectura Contracultural ni de las obras de *performance art*, y está convencido de que el placer que obtiene el espectador con estas cosas es propio del neurótico, pues "eso es la neurosis, el intento de una mente desordenada de aplicar el principio de causa y efecto" (a algo que no va así).

Por lo demás, el teatro (y el cine) no sirven para nada: la esencia del arte dramático es contar historias, sólo eso: "se le ha tratado de usar para cambiar la vida de la gente, influir, comentar, autoexpresarse. No funciona. Tal vez sería lindo que lo pudiera hacer, pero no puede. Para lo único que sirve la forma dramática es para contar una historia."

Interesante. Falso también. Pero interesante. Hay que leer a Mamet. Y ver sus obras de teatro, porque discurre bien. Ha escrito en este libro: "Casi la totalidad de los films contemporáneos de este país (EE.UU.) son torpes, triviales y obscenos."

Observación que comparto, pero ¿obscenos? ¿En qué consiste la obscenidad para Mamet?: "Es cuando el mal autor, como el arquitecto contracultural, trata de hacer cada momento más divertido que el anterior, engatusando a la gente para que le preste atención."

Al final de esta ruta se halla la obscenidad: que de verdad se le vean los genitales, que de verdad el actor peligre en acciones riesgosas, que de verdad el edificio se incendie. Así, al final de una película, el cineasta se habrá forzado a ser más y más extravagante; al final de su carrera se habrá forzado a llegar a extremos grotescos; incluso toda una cultura se habrá visto forzada a degenerarse hasta la depravación, que es lo que nos ha ocurrido." Hay que leer a Mamet.

Alejandro Montiel

